

Ignacio Guzmán Betancourt

Breve semblanza de las reediciones de obras lingüísticas

Existen varias maneras de editar o reeditar las obras antiguas, manuscritas o impresas. En nuestros días, finales del segundo milenio, destacan sobre todo las ediciones facsimilares y las transliterales, procedimientos editoriales que pueden concurrir en una misma publicación, pero no necesariamente.

Las ediciones facsimilares (del lat. *fac simile*, "haz [algo] semejante") son quizá las preferidas de los especialistas (historiadores, filólogos, lingüistas), pues en ellas tienen frente a sí el texto, manuscrito o impreso, tal como salió de la pluma del escritor o por primera vez de la imprenta, con todos sus "errores", erratas, sabor arcaico y demás aspectos significativos para el consultante especializado.

Las transcripciones de libros impresos y las transliteraciones de obras inéditas son asimismo bien acogidas por los estudiosos, sobre todo cuando éstas se efectúan con esmero y fidelidad, pues valen tanto o casi tanto como las ediciones princeps, los manuscritos o sus reproducciones facsimilares.

Antes de que hicieran su aparición las modernas técnicas de la fototipia (inventada en Francia en 1855) y de la reproducción fotográfica facsimilar (más reciente que la anterior), y olvidándonos de Jean Mabillon y su escuela de copistas (siglo XVII), fueron ante todo las transliteraciones y las transcripciones los medios más usuales de poner nuevamente en circulación las obras antiguas.

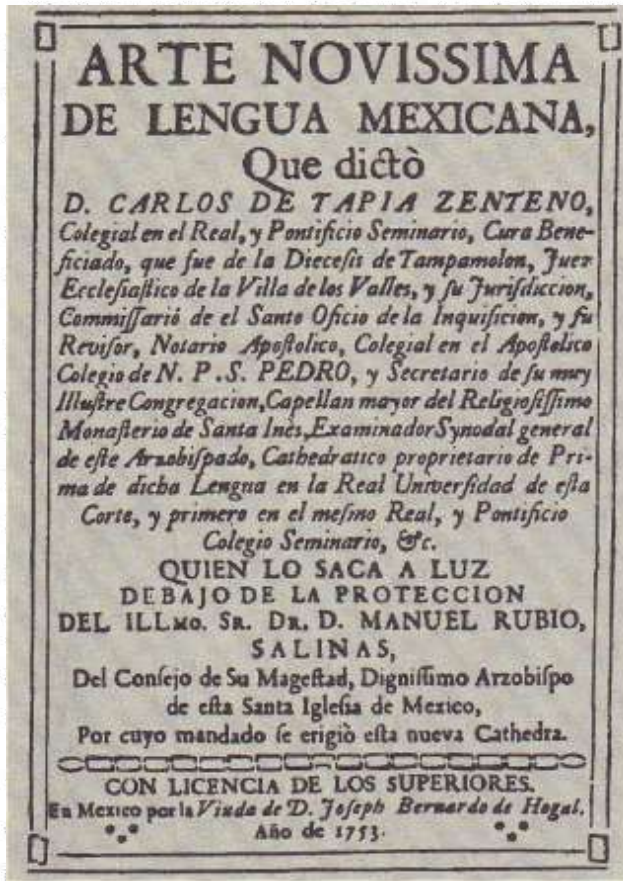
En México, y sólo en lo que se refiere a antiguas gramáticas y vocabularios de lenguas indígenas, fueron

evidentemente estas últimas técnicas las que permitieron poner al alcance de los estudiosos las obras que permanecían inéditas y las impresas, cuyos ejemplares el paso del tiempo había convertido en reliquias bibliográficas.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, en efecto, se registra aquí un interés cada vez en aumento por reimprimir artes y vocabularios indígenas redactados en la época colonial, con finalidades académicas.

Quizá la primera de estas reediciones sea la de la obrita (por cierto, no muy antigua, pues su primera edición se hizo en 1826) de fray Miguel Tellechea, *Compendio gramatical para la inteligencia del idioma tarahumar*, reimpresa en el tomo IV (1854) del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (pp. 145-166). En segundo lugar estaría el *Vocabulario en lengua castellana y cora*, del padre Joseph de Ortega, impreso por primera vez en 1732, y reimpresso en el tomo VIII (1860) del mismo *Boletín* (pp. 561-602).¹ En 1862 se imprime por primera vez el *Arte doctrinal*

¹ Vale la pena reproducir aquí la nota 1, en la que los editores tratan de justificar la publicación de este *Vocabulario* en las páginas del *Boletín*. Hela aquí: "Habiéndose hecho muy raros los ejemplares de esta gramática [*sic*] y diccionario de la lengua Cora que se habla en la provincia de Nayarit, la comisión redactora de este *Boletín*, cree que será muy estimado por los lingüistas [*sic*] el vocabulario de dicha lengua, que insertamos con las notas que dan a conocer mejor el genio del idioma." El *Vocabulario* se reimprimió en Tepic en 1888 (en la imprenta de Antonio Legaspi), por orden del general Leopoldo Romano, jefe político del Territorio de Tepic.



Edmundo Aviña Levy (editor), edición facsimile, 1969.

y modo general para aprender la lengua matlaltzinga, que fray Miguel Guevara concluyó en el año de 1638, se publicó en el tomo IX del mencionado *Boletín* (pp. 197-260). En el tomo IV de la segunda época (1872), Oloardo Hassey edita "De la lengua waicura de Baja-California, traducido del alemán, de una obra anónima de un jesuita misionero publicada en 1773" (pp. 31-40).

Conforme avanza el siglo, no sólo aumenta el interés por la reimpresión de obras lingüísticas del pasado, sino que ello se da de manera más sistemática, al convertirse en labor habitual de ciertas instituciones e individuos. Entre las primeras, además de la mencionada Sociedad de Geografía y Estadística, destacan los esfuerzos del Museo Nacional de México (a través de su revista *Anales*), los de la Secretaría de Fomento y los de algunos gobiernos estatales. Entre los individuos podemos mencionar los nombres de Jesús Sánchez,



Edmundo Aviña Levy (editor), edición facsimile, 1969.

Francisco del Paso y Troncoso, Antonio Peñafiel, Nicolás León, Eustaquio Buelna, Francisco Pimentel, Francisco Belmar y, aunque de manera indirecta, Joaquín García Icazbalceta, cuyas minuciosas investigaciones bibliográficas alentaron e iluminaron la labor de sus coetáneos en ese sentido.

Asimismo, justo es señalar que, por esas mismas fechas, fuera de México también se registran brotes de interés en imprimir o reimprimir trabajos lingüísticos antiguos, como lo demuestra, por ejemplo, la edición que efectúa Rémi Siméon en Francia del *Arte para aprender la lengua mexicana*, de fray Andrés de Olmos (1547), publicada en París en 1875; en ese mismo año Alphonse Pinart imprime, también en Francia, el *Arte de la lengua chiapaneca*, de fray Juan de Albornoz (1690) y, por su parte, el conde Hyacinthe de Charencey se da a la tarea de imprimir o reimprimir varias obras gramaticales y lexicográficas sobre



Jesús Sánchez.



Eustaquio Buelna.

lenguas indígenas de México, entre las que destaca su edición del *Arte en lengua mixteca* de fray Antonio de los Reyes (1593), que publica en Alençon en 1889.² En Alemania, concretamente en Leipzig, Julius Platzmann reimprime en 1880 el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, de fray Alonso de Molina (1571), edición a la que tal vez haya que considerar como el antecedente más antiguo de las reproducciones facsimilares en esta clase de obras, sin disponer todavía de las modernas técnicas fotomecánicas.³

² Edición reproducida facsimilamente, pero con ampliación del formato, por la Universidad Vanderbilt, Nashville, Tennessee, 1976 (Publications in Anthropology, 14.).

³ Cf. Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, edición de Agustín Millares Carlo, México, FCE, 1981, p. 247: "Este

Por otra parte, no está por demás mencionar otro tipo de ediciones de que han sido objeto estas obras; a saber, sus traducciones y adaptaciones a otras lenguas. Como ejemplo de esto podemos citar la versión italiana publicada en Roma en 1841 de *Reglas de orthographia, diccionario y arte del idioma othomí*, del

Vocabulario ha sido reimpresso en Leipsic [sic], 1880, por el Dr. Julius Platzmann. La nueva edición reproduce la antigua al pie de la letra, hasta con sus erratas. Las portadas y grabados están en facsímile, lo mismo que todas las letras iniciales de la obra. El tipo parece haber sido grabado expresamente: tanto así imita el del original. En suma, es un libro bellissimo, soberbiamente impreso. Tengo un ejemplar en gran papel de Holanda." Resulta interesante mencionar que esta edición fue precisamente la que reprodujo la Editorial Porrúa en 1970 (Biblioteca Porrúa, 44), por las razones que apunta el doctor Miguel León-Portilla en su Estudio preliminar, p. XVIII: "Para llevarla a cabo se ponderó la conveniencia de valerse de un ejemplar bien conservado de la edición de 1571.

padre Luis de Neve y Molina (1767), obra traducida y compendiada por el aristócrata Silvio Enea Piccolomini, quien la publica con el título de *Grammatica della lingua otomi esposta in italiano dal conte..., secondo la tracia del Licenziato Luis de Neve y Molina* (Roma, Tipografía di Propaganda Fide, 1841). En esta misma obra de Neve se basa Léon de Rosny para publicar en Francia los *Éléments de la grammaire othomi*, aparecidos en el tomo VIII (1862) de la *Revue Orientale et Américaine*. Por lo que respecta a los Estados Unidos, en 1861 Buckingham Smith publica en Nueva York *A Grammatical Sketch of the Heve Language, Translated from an Unpublished Manuscript*, y al año siguiente imprime la *Grammar of the Pima or Névome, a Language of Sonora, from a Manuscript of the XVIII Century*.⁴

De vuelta a nuestro ambiente editorial mexicano del siglo XIX, retengamos que en el año de 1885 el entonces director del Museo Nacional, doctor Jesús Sánchez (1842-1911), hizo público un proyecto suyo de dimensiones formidables: promover la reedición del mayor número posible de trabajos lingüísticos antiguos, con el fin de ponerlos al alcance de los estudiosos de aquel tiempo y de futuras generaciones. Este proyecto lo divulgó en la primera entrega del tomo III (primera época) de *Anales del Museo Nacional*, en un artículo fechado en enero de 1885, intitulado "Lingüística de la República Mexicana" (pp. 279-280). Allí comenzaba resaltando la importancia de las lenguas amerindias para reconstruir con fidelidad el pasado indígena:

Ninguna persona ilustrada podrá poner hoy en duda la importancia, cada día más grande, que tiene el conocimiento de los idiomas indígenas de América, para el estudio de la etnografía, la historia y la arqueología de este continente: la traducción, por ejemplo,

Esto desde luego le daría el carácter de facsímile. Existía por otra parte la posibilidad de reproducir la impresión de Platzmann, designada por él como 'facsimilaria' para denotar así su comprobada fidelidad. Cada uno de los folios de ésta, conservando la numeración original, incluyó de manera idéntica los correspondientes vocablos, sin suprimir siquiera las erratas. La ventaja que podía obtenerse, si se volvía de nuevo asequible la reproducción de Platzmann, era la de una más fácil lectura puesto que los tipos usados en ella son bastante más claros que los de la edición de 1571. Destinada la presente reimpresión no a los coleccionistas de facsímiles sino a los estudiosos del náhuatl, se optó, ante esta alternativa, por la segunda posibilidad".

⁴ De ambas ediciones se sirve Francisco Pimentel para efectuar los resúmenes descriptivos de estos idiomas en su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, México, 1862-1865.

de los documentos antiguos, la descifración jeroglífica de las pinturas y esculturas que se conservan en anti-
quísimas ruinas, no podrían hacerse sin el conocimiento de las lenguas que hablaron los artífices de esas obras.

Y un poco más adelante refiere en qué forma puede él contribuir para que los estudiosos adquieran un conocimiento adecuado de dichas lenguas, al mismo tiempo que revela el origen de su idea:

la creación reciente de una clase de idioma náhuatl en la Escuela Nacional Preparatoria... la reciente fundación por el Sr. Hunt de Cortés, de una Academia cuyo objeto es "cultivar el sabio idioma náhuatl o mexicano y procurar la ilustración de la raza indígena, sacándola del abatimiento en que se encuentra por medio de la enseñanza", me han sugerido la idea de coleccionar y publicar en estos "Anales del Museo" todas las obras nacionales o extranjeras, antiguas o modernas que tratan de lingüística nacional, entre las cuales hay algunas muy escasas o agotadas por completo.

A juzgar por estos breves pero elocuentes pasajes, resulta evidente que el doctor Sánchez, médico y natu-



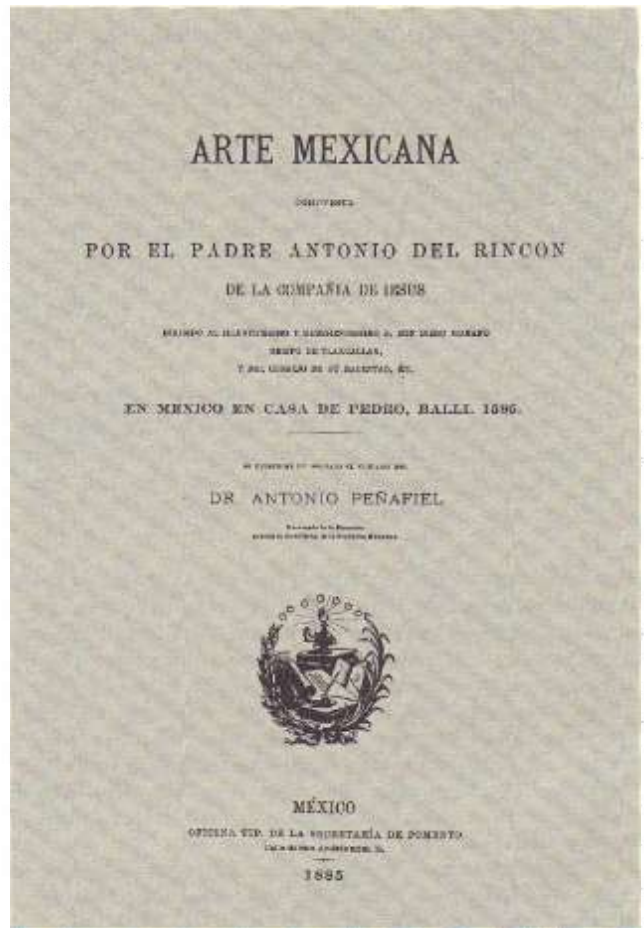
Francisco del Paso y Troncoso.

ralista mexicano del siglo XIX, tenía más y mejores ideas humanísticas que muchos de los burócratas y tecnócratas de nuestros días quienes, ocupando similares cargos al que dignamente desempeñaba el sabio galeño, están más preocupados por la escalada política que por promover y propiciar el avance de la investigación científica.

Ciertamente una empresa como la que exponía a grandes rasgos el doctor Sánchez en su artículo, no podría calificarse menos que de excesivamente ambiciosa. Como ejemplo de las obras susceptibles de reimpresión (o de impresión, en el caso de las inéditas), reproducía el desgarrado *Catálogo de autores de gramáticas en lenguas de Nueva España* que Francisco Javier Clavijero insertó en el Libro X de su *Historia antigua de México* (Londres, 1826), en el cual figuran nada menos que 49 autores de obras lingüísticas referentes a 14 lenguas indígenas mexicanas.

No escapaban a la consideración preliminar del doctor Sánchez ciertas dificultades que seguramente encontraría en la ejecución de su plan; sin embargo, es posible que en realidad no haya tenido una idea suficientemente clara de la extrema complejidad del asunto. Por una parte, porque, para empezar, los trabajos lingüísticos redactados en México en el periodo colonial fueron muchos más que los que enlista Clavijero en su *Catálogo*.⁵ Acerca de esta producción ya habían dado amplias noticias bibliógrafos como Antonio de León Pinelo, Nicolás Antonio, Juan José de Eguiara, José Mariano Beristáin e, incluso, el doctor José G. Romero en un artículo que publicó en el tomo VIII

⁵ Una relación más completa de estos trabajos puede verse en el apéndice de mi artículo "Los tres siglos de oro de la lingüística mexicana", en Mechthild Rutsch y Carlos Serrano (eds.), *Ciencia en los márgenes*, México, UNAM, 1977, pp. 42-49.



(1860) del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (pp. 374-386), en el cual la relación de autores de gramáticas y diccionarios supera la centena. Por otra parte, y por lo anterior, la ejecución de un programa de esas dimensiones habría forzosamente de resultar sumamente costosa y tardada.

Pero se estará de acuerdo en que no es grave falta el que un proyecto se plantee inicialmente en términos ambiciosos, pues sólo así se puede llegar a obtener de él buenos resultados. Si un proyecto desde su inicio se concibe y plantea en términos modestos, sus productos serán seguramente escasos y mediocres.

Así, en ese mismo año de 1885, el diligente director del Museo Nacional tuvo la satisfacción de ver la primera muestra tangible de su iniciativa: la reimpresión de *Arte novísima de lengua mexicana*, del bachiller Carlos de Tapia Zenteno, cuya primera edición se había publicado en México en el año 1753. Y a fines del año siguiente, 1886, entrega otro jugoso fruto, la reedición del *Arte de la lengua mexicana*, del bachiller Antonio Vázquez Gastelu, cuya primera edición se publicó en Puebla en el año de 1689.

Ahora bien, dado que don Jesús Sánchez no tenía formación propiamente dicha de historiador ni de filólogo indigenista, su aguda intuición, honestidad profesional y demás cualidades personales, pronto le hicieron recurrir a alguien más avezado que él no sólo en las mencionadas materias, sino también profundo conocedor de cuestiones bibliográficas y editoriales, don Francisco del Paso y Troncoso.

El doctor Sánchez, en efecto, logró interesar e involucrar en el proyecto a este notable estudioso de nuestra historia, como lo testimonia el propio Del Paso y Troncoso en un artículo fechado en enero de 1886, publicado en el mismo tomo III de los *Anales* (pp. 322-324) como continuación o complemento y con idéntico título que el puesto por el doctor Sánchez al suyo, "Lingüística de la República Mexicana".

Como era de esperarse, el diligente y muy capaz colaborador incorpora sus propias ideas al proyecto y, además, lo ajusta a un programa más sistemático y viable. En vez de proseguir a diestra y siniestra la reedición de estas obras, sin atender, por ejemplo, a un orden cronológico o siquiera temático (primero un grupo de lenguas y luego otro), y puesto que el proyecto se había iniciado ya con la publicación de dos gramáticas nahuas, Del Paso y Troncoso decide seguir en la misma línea, continuando la reedición de cuantas gramáticas

de esa lengua pudieran conseguirse. De aquí surgió lo que conocemos como *Colección de gramáticas de la lengua mexicana*, primeramente publicadas en forma de fascículos suplementarios a las entregas de *Anales del Museo Nacional* (tomos III al V, 1886-1892; tomo VIII, 1901). De este modo aparecieron, además de las de Tapia Zenteno y Vázquez Gastelu, las artes de Olmos, Molina, Rincón, Galdo Guzmán y Carochi. Tras una interrupción de ocho años, las publicaciones continuaron en 1900 con la impresión del interesante *Arte... de la lengua mexicana* por fray Joseph de Carranza (¿2a. mitad del siglo XVII?), obra inédita hasta entonces; y al año siguiente aparece el *Arte* de fray Agustín de Vetancurt (1673), pero al parecer ya no como espécimen de dicha colección, pues al pie de la portada aparece el nombre de una nueva serie: *Biblioteca mexicana, histórica y lingüística publicada por el Museo Nacional, cuadernos 1-4*.

Posteriormente, en 1904, estas nueve gramáticas fueron recogidas por Del Paso y Troncoso y Luis González Obregón en un tomo en folio, precisamente bajo el título de *Colección de gramáticas de la lengua mexicana. Tomo I, 1547-1673*.

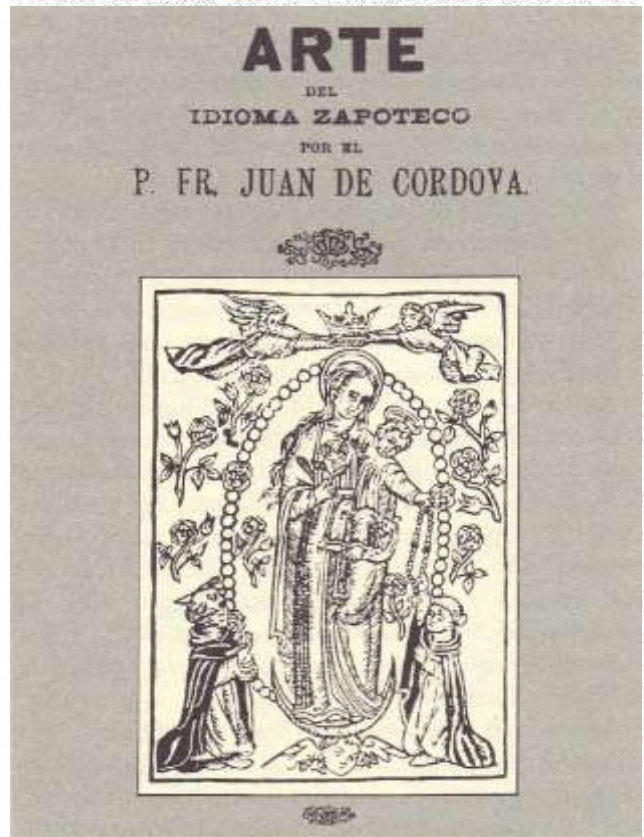
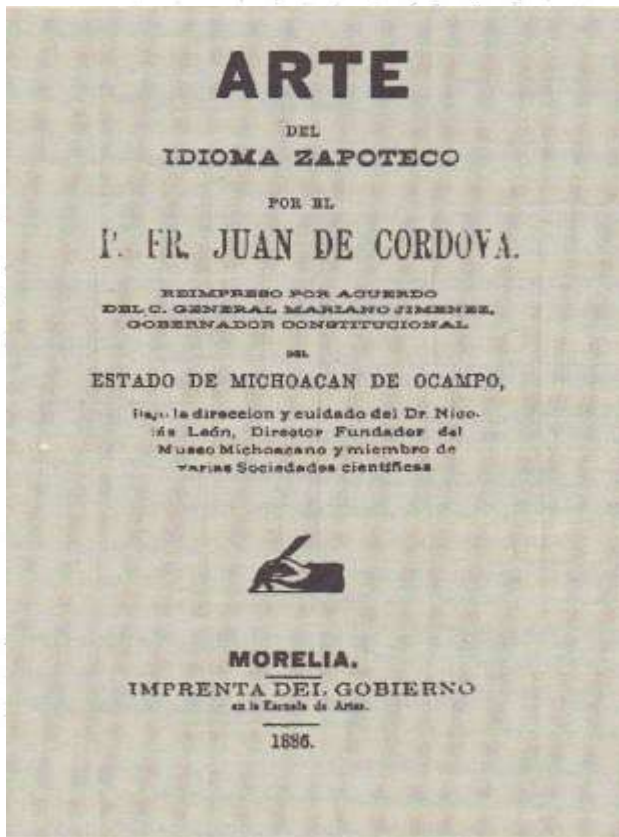
Ahora bien, se podría decir que, estrictamente hablando, con la impresión de esos nueve tratados concluyó el ambicioso proyecto fraguado originalmente por el doctor Sánchez, pero ello no fue así.

En efecto, debemos considerar asimismo que, tras la divulgación de sus ideas en la forma mencionada, no tardaron éstas en encontrar repercusión en otros ámbitos, lo cual se produjo de la manera que en seguida referiremos.

Al final de su artículo el doctor Sánchez hacía el siguiente llamado:

Para llevar a cabo el fin indicado, deseamos contar con la cooperación de todas aquellas personas que tengan algunos documentos de esta clase en su poder o noticia del lugar en que se encuentren, pues de uno o de otro modo nos facilitarán la manera de realizar una idea que creemos prestará algún servicio a la literatura patria y tal vez cooperará a realizar la ilustración de las razas indígenas de nuestro suelo.

Pero la naturaleza humana es impredecible y, en este caso, en vez de atender al llamado de colaborar en el proyecto, ciertas personas prefirieron actuar por su cuenta, haciendo suya la idea ajena. Así, tocó al doc-



tor Antonio Peñafiel ser el primero en poner en práctica y por su cuenta la idea recientemente expresada por el director del Museo Nacional. Y es el mismo Del Paso y Troncoso quien primero repara en esta circunstancia, al comentar lo siguiente en su artículo mencionado: "... el inteligente señor don Antonio Peñafiel, siguiendo la huella del señor Sánchez, ha publicado bajo los auspicios del Ministerio de Fomento, en el mes próximo pasado [h.e. diciembre de 1885], la gramática del P. Antonio del Rincón." Además, el mismo Peñafiel da por primera vez a la imprenta la *Gramática de la lengua zapoteca por un autor anónimo* (primer cuarto del siglo XIX), que se publica en México en 1886, y en ese mismo año reimprime el *Arte de la lengua tarasca*, por fray Diego Basalenque (1714), ambas impresas en la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.

Por su parte, el doctor Nicolás León reimprime en 1886, en Morelia, el *Arte del idioma zapoteco* de fray Juan de Córdoba (1578); y en 1890, también en

Morelia, saca la reimpresión del *Arte y diccionario tarascos*, de fray Juan Bautista de Lagunas (1574); en 1898 publica en México la primera reimpresión del *Arte de la lengua tarasca* de fray Maturino Gilberti (1558).

En 1890 el erudito sinaloense Eustaquio Buelna reimprime el *Arte de la lengua cahíta por un padre de la Compañía de Jesús* (1737), y en 1893 imprime por primera vez las *Luces del otomí o gramática del idioma que hablan los indios otomíes... compuesta por un padre de la Compañía de Jesús* (segunda mitad del siglo XVIII). Por su parte, en 1891 Francisco Belmar publica en Oaxaca el *Arte de la lengua mixe*, entresacado de la *Instrucción cristiana y guía de ignorantes*, de fray Agustín Quintana (1729).

En 1900 Alberto Santoscoy reimprime el *Arte de la lengua mexicana*, de fray Juan Guerra (1692); y, de nuevo, Antonio Peñafiel reimprime en 1901 el *Diccionario de la lengua tarasca*, de fray Maturino Gilberti (1559).

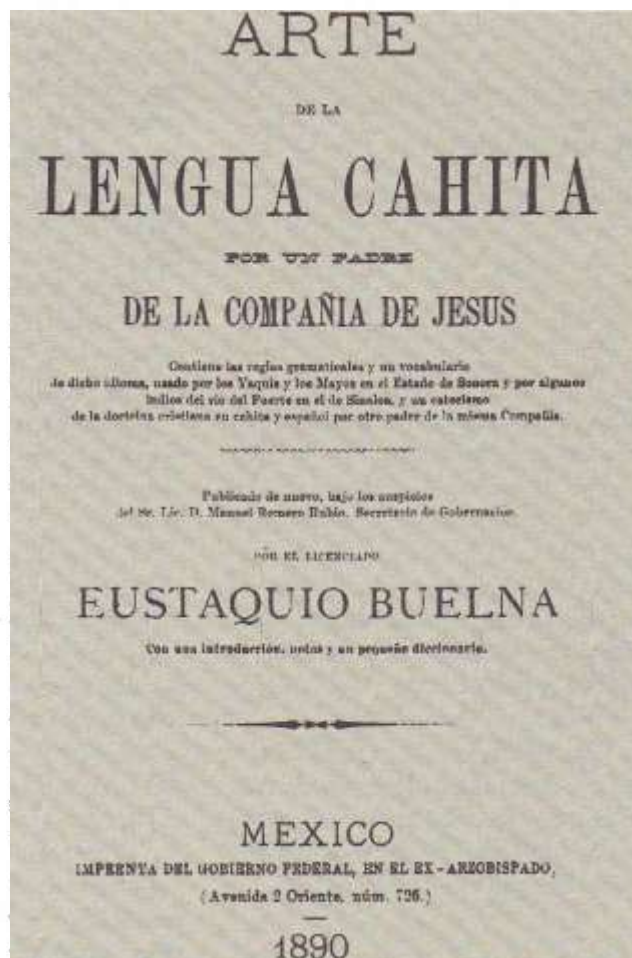
Y así podríamos continuar enumerando las ediciones y reediciones de que estas obras han sido objeto tanto en México como en el extranjero, pero nuestra intención aquí es sólo dar una idea general de dicha actividad editorial, y no una relación exhaustiva y pormenorizada.⁶

Por lo que respecta a nuestro siglo, se puede afirmar que esta labor ha continuado casi sin interrupción, y que la han hecho suya tanto individuos como instituciones. Sólo a manera de ejemplo mencionemos al Instituto Nacional de Antropología e Historia y, sobre todo, la Universidad Nacional Autónoma de México, al igual que otras instituciones públicas y privadas, nacionales y estatales.

Entre los modernos *editores* destacan, entre otros, los nombres de Wigberto Jiménez Moreno, Miguel León-Portilla, René Acuña, Ascensión H. de León-Portilla, Leonardo Manrique, Mario Humberto Ruz, Arthur J. Anderson, Thelma D. Sullivan; quienes, a diferencia de la gran mayoría de sus predecesores, invariablemente enriquecen las ediciones a su cargo con profundos estudios analíticos.

Mención aparte merecen los esfuerzos realizados por personas que se han dado a la tarea de reimprimir a sus expensas y por lo general sin fines de lucro, no pocos de estos trabajos lingüísticos antiguos, como es el caso del señor César Macazaga Ordoño en la ciudad de México, y en Guadalajara el señor Edmundo Aviña Levy, a quien debemos estupendas reproducciones facsimilares de cinco gramáticas nahuas.

Sin embargo, y a pesar de lo dicho, aún queda mucho por hacer en este terreno; no sólo porque todavía existen obras que nunca se reimprimieron, como es el caso de las *Artes mexicanas* de fray Manuel Pérez (1713), de fray Francisco de Ávila (1717) y de fray José Agustín de Aldama y Guevara (1754); sino además porque las que se imprimieron o reimprimieron durante el siglo pasado o en las primeras décadas del presente, como sus originales, han pasado a convertirse en ellas mismas en rarezas bibliográficas.



⁶ Con más detalle expongo estas cuestiones en mi artículo "Para una historia de la historiografía lingüística mexicana", en *Dimensión Antropológica*, México, INAH, 1994, vol. 2, pp. 95-130.